



Imposible violar a una mujer tan viciosa¹

Julio 1986, tengo 17 años. Somos dos chicas en minifalda, yo llevo unos leotardos a rayas y unas zapatillas converse rojas. Regresamos de Londres donde nos hemos gastado en discos, tintes y diversos accesorios con clavos y tachuelas toda la pasta que teníamos ahorrada, así que no tenemos ni un duro para el viaje de vuelta. Nos las arreglamos para llegar hasta Dover haciendo auto-stop, nos lleva todo el día, después pedimos dinero al lado de la taquilla para pagar el ferry, cuando llegamos a Calais ya es de noche. En la travesía hemos buscado alguien que nos pueda acercar en coche. Dos italianos bastante guapos y fumadores de porros nos llevan hasta la entrada de París. Nos dejan en plena noche en una gasolinera en algún lugar de la autopista que rodea París. Decidimos esperar a que se haga de día y los

¹ Título de una canción del grupo Punk francés Trust del album *Antisocial*.

conductores se levanten para encontrar un camión que nos lleve directamente hasta Nancy. Vagabundeamos en el parking, en la tienda; apenas hace frío.

Un coche con tres chavales, blancos, típicos barriobajeros de las afueras en esa época, cervezas, porros, hablan de Renaud, el cantante. Como son tres, al principio, no queremos montarnos con ellos. Pero se toman la molestia de hacerse los simpáticos, de bromear y de discutir. Nos convencen de que es estúpido esperar al oeste de París cuando ellos podrían dejarnos en el este, desde donde sería más fácil encontrar a alguien que nos lleve. Y acabamos montándonos en el coche. De las dos, yo soy la que ha corrido más mundo, la más bocazas, la que decide irnos con ellos. Nada más cerrar las puertas, ya sabemos que hemos hecho una tontería. Pero en lugar de gritar «nos bajamos» durante los pocos metros que hubiera sido posible, cada una nos decimos en nuestra esquina que hay que dejar de ser paranoica y de ver violadores por todas partes. Llevamos una hora hablando con ellos, tienen pinta de simples tarados, graciosos, realmente nada agresivos. Esta proximidad quedará entre las cosas imborrables: cuerpos de hombres en un lugar confinado en el que estamos encerradas, con ellos, pero sin ser como ellos. Nunca iguales, nuestros cuerpos de mujer. Nunca seguras, nunca como ellos. Somos el sexo del miedo, de la humillación, el sexo extranjero. Su virilidad, su famosa solidaridad masculina, se construye a partir de esta exclusión de nuestros cuerpos, se teje en esos momentos. Es un pacto que reposa sobre nuestra inferioridad. Sus risas de tíos, entre ellos, la risa de los más fuertes, de los más numerosos.

Mientras que tiene lugar, ellos hacen como si no supieran exactamente qué está pasando. Como llevamos minifalda, como tenemos una el pelo verde y la otra naranja, sin duda, «follamos como perras», así que la violación que se está cometiendo no es tal cosa. Como en la mayoría de las violaciones, imagino. Imagino que, después, ninguno de esos tres tipos se identifican como violadores. Puesto que lo que han hecho, es otra cosa. Tres con un fúsil contra dos chicas a las que han pegado hasta hacerles sangrar: no es una violación. La

prueba: si verdaderamente hubiéramos querido que no nos violaran, habríamos preferido morir, o habríamos conseguido matarlos. Desde el punto de vista de los agresores, se las arreglan para creer que si ellas sobreviven es que la cosa no les disgustaba tanto. Es la única explicación que he encontrado a esta paradoja: a partir de la publicación de *Fóllame*² me encuentro con mujeres que vienen a contarme «me violaron, cuanto tenía tantos años, en tales circunstancias». Esta situación se repetía tan a menudo que resultaba molesta, y en un primer momento, me preguntaba si mentían. En nuestra cultura, desde la Biblia y la historia de José en Egipto, la palabra de la mujer que acusa al hombre de haberla violado es una palabra que ponemos inmediatamente en duda. He aquí un hecho federador, que conecta a todas clases sociales, todas las generaciones, todas los cuerpos y todos los caracteres. Pero, ¿cómo explicar que nunca oigamos al adversario: «fulanito ha violado a fulanita, en tales circunstancias»? Porque los hombres siguen haciendo lo que las mujeres han aprendido a hacer durante siglos: llamarlo de otro modo, adornarlo, darle la vuelta, sobre todo no llamarlo nunca por su nombre, no utilizar nunca *la* palabra para describir lo que han hecho. Se «han pasado un poco», ella estaba «un poco borracha» o bien era una ninfómana que hacía como si no quisiera: pero si ha ocurrido es que, en realidad, la chica consentía. Que haga falta pegarla, amenazarla, agarrarla entre varios para obligarla y que llore antes, después y durante, eso no cambia nada; en la mayoría de los casos, el violador se las arregla con su conciencia: no ha sido una violación, era una puta que no se asume y a la que él ha sabido convencer. A menos que ese no sea un peso demasiado difícil de soportar, también del lado de ellos. Pero no sabemos nada, ellos no dicen nada.

Solo se identifica en prisión a los psicópatas graves, los violadores en serie que recortan coños con cascotes de botella, o a los pedófilos que atacan a las niñas. Porque los hombres, claro está, condenan la violación. Lo que ellos practican, eso es otra cosa.

² La autora se refiere aquí a su primer libro, *Baise-Moi*, Florant Masson, 1996. Traducción : *Fóllame*, Mondadori, XX ??

A menudo se dice que el porno aumenta el número de violaciones. Hipócrita y absurdo. Como si la agresión sexual fuera una invención reciente, que tuvo que ser introducida en las mentes a través de las películas. Sin embargo, que los machos franceses no hayan ido a la guerra después de los años sesenta en Argelia aumenta seguramente el número de violaciones «civiles». La vida militar hasta ahora era una ocasión habitual de practicar violaciones colectivas «por la buena causa». Se trata en principio de una estrategia de guerra, que participa de la virilización del grupo que la lleva a cabo y debilita, al mismo tiempo, al grupo adversario. Esto es así desde que las guerras existen. Dejen de hacernos creer que la violencia sexual contra las mujeres es un fenómeno reciente, o propio de un grupo específico.

Los primeros años, procurábamos no hablar de ello. Tres años más tarde, en las cuevas de la Cruz Roja de Lyon, violan a una chica a la que yo quería mucho: un tipo la sigue desde la calle y la viola en su casa, sobre la mesa de la cocina. El día que me entero estoy trabajando en una pequeña tienda de discos, Ataque Sonoro, en el casco viejo de Lyon. Hace un día estupendo, sol, la luz inunda los muros de las calles estrechas de la vieja ciudad, las piedras talladas y pulidas, los bancos amarillos y anaranjados. El muelle de Saône, el puente, las fachadas de las casas. Siempre me ha impresionado la belleza de la ciudad, y ese día especialmente. La violación, como si estuviera ya contenida de algún modo en la ciudad, no perturba esa tranquilidad. Cierro la tienda y voy a dar una vuelta. Me indigno más ese día que cuando nos ocurrió a nosotras. A través de su historia comprendo que la violación es algo que se pilla y de lo que después no te puedes deshacer. Contaminada. Hasta ese momento, yo creía que lo había asumido bien, que tenía la piel bien dura y cosas mejores que hacer en lugar de dejar que tres paletos me traumatizaran. Pero al darme cuenta hasta qué punto yo veía la violación de mi amiga cómo un evento a partir del cual nada sería nunca como antes, acabé

aceptando, de rebote, lo que nosotras mismas sentíamos. La herida de una guerra que se libra en el silencio y en la oscuridad.

Cuando violaron a mi amiga, yo tenía 20 años. Entonces no me interesaba que me hablaran de feminismo. Poco punk y demasiado buena voluntad. Después de su agresión, cambié de idea, y participé en un fin de semana de formación y escucha de «Stop Violación», una línea telefónica de ayuda, para hablar después de una agresión o para encontrar información jurídica. El seminario apenas había empezado y yo ya estaba refunfuñando en mi silla: ¿por qué aconsejar a alguien que interpusiera una denuncia? Ir a la policía, a parte de para recibir el dinero de un seguro, no le veía ningún interés. Declararse víctima de una violación, en una comisaría, pensaba yo de forma instintiva, era una manera de ponerse de nuevo en peligro. La ley de los maderos, es la ley de los hombres. Después una participante nos explica: «la mayoría de las veces, una mujer que habla de su violación empezará llamándola de otro modo.» En mi interior, como siempre, yo sigo renegando. Eso me parecía altamente improbable: ¿por qué no dirán esa palabra y, además, qué sabe ésa que habla? ¿Acaso se cree que nos parecemos todas? De repente, pongo freno a mi rollo: ¿Qué es lo que yo he hecho hasta ese momento? Las pocas veces – a menudo super pedo- que he querido hablar del tema, ¿acaso he dicho la palabra? Nunca. Las pocas veces que he intentado contarlo, he esquivado la palabra «violación»: «una agresión», «un lío», «un agarrón», «una mierda», *whatever*³... Mientras no lleva su nombre, la agresión pierde su especificidad, puede confundirse con otras agresiones, como que te roben, que te pille la policía, que te arresten o que te peguen una paliza. Esta estrategia de miopía resulta útil. Porque, desde el momento en que se llama a una violación *violación*, todo el dispositivo de vigilancia de las mujeres se pone en marcha: ¿qué es lo que quieres, que se sepa lo que te ha sucedido? ¿Qué es lo que quieres, que todo el mundo te vea como a una mujer a la que *eso* le ha sucedido? Y de todos

³ En inglés en el original.

modos, ¿cómo es posible que hayas sobrevivido sin ser realmente una puta rematada? Una mujer que respeta su dignidad hubiera preferido que la mataran. Mi supervivencia, en sí misma, es una prueba que habla contra mí. El hecho de tener más miedo a la posibilidad de que te maten que a quedar traumatizada por los golpes de pelvis de tres huevones, parecía algo monstruoso: yo nunca había oído hablar del tema, en ninguna parte. Gracias a mi condición de punky practicante, podía vivir sin mi pureza de mujer decente. Porque es necesario quedar traumatizada después de una violación, hay una serie de marcas visibles que deben ser respetadas: tener miedo a los hombres, a la noche, a la autonomía, que no te gusten ni el sexo ni las bromas. Te lo repiten de todas las maneras posibles: es grave, es un crimen, los hombres que te aman, si se enteran, se van a volver locos de dolor y de rabia (la violación es también un diálogo privado a través del cual un hombre declara a los otros hombres: yo me follo a vuestras mujeres a lo bestia). Así que el consejo más razonable, por diferentes razones, sigue siendo «guarda eso en tu fuero interior.» Asfixiada entre dos órdenes. Púdrete, puta, como quien dice.

Así se evita la palabra. A causa de todo lo que la palabra abarca. En el campo de las agredidas, como en el de los agresores, todo el mundo da vueltas en torno al término. El resultado es un silencio cruzado.

Los primeros años después de la violación, una triste sorpresa: los libros no podrán ayudarme. Eso no me había ocurrido nunca. Cuando, por ejemplo, en 1984 me internaron en un hospital psiquiátrico durante unos meses, mi primera reacción, al salir, fue leer. *Le Pavillon des enfants vous*, *Alguien voló sobre el nido del cuco*, *Quand j'avais cinq ans je m'ai tué* y los ensayos sobre psiquiatría, internamiento, vigilancia y adolescencia. Los libros estaban ahí, me acompañaban, hacían que aquello fuera posible, enunciable, que yo pudiera compartirlo. La prisión, la enfermedad, los malos tratos, las drogas, el abandono, la

deportación, todos los traumas tienen su literatura. Pero ninguna mujer después de haber pasado por una violación había podido utilizar el lenguaje para hacer de esa experiencia el tema de una novela. Nada, ni guía, ni compañía. Eso no pasaba al dominio de lo simbólico. Es asombroso que las mujeres no digamos nada a las niñas, que no haya ninguna transmisión de saber, ni de consignas de supervivencia, ni de consejos prácticos y simples. Nada.

BUENA SUERTE CHICAS

En internet, me encuentro por casualidad con una carta firmada Antonin Artaud. Una carta de ruptura, de alejamiento en todo caso, dirigida a una mujer que él declara haber amado. Comprendo que, en detalle, su historia debe ser complicada. Pero al final, la cosa queda así: «Necesito una mujer que sea únicamente mía y que pueda encontrar en mi casa en todo momento. Estoy desesperadamente solo. Por la noche, no puedo volver a una habitación solo, sin que ningún servicio de la vida me sea accesible. Necesito un interior, y lo necesito urgentemente, y una mujer que se ocupe sin cesar de mí hasta en los detalles más ínfimos. Una artista como tú tiene su propia vida y no puede hacer eso. Todo lo que digo es de un egoísmo feroz, pero así es. Ni siquiera es necesario que esa mujer sea muy guapa, tampoco quiero que tenga una inteligencia excesiva, ni que reflexione demasiado. Basta con que esté atada a mí.»

Desde que soy niña, después de Goldorak y Candy, que pasaban en la tele a la salida del colegio, me apasiona invertir las cosas, simplemente para ver lo que pasa.

«Necesito un hombre que sea únicamente mío y que pueda encontrar en mi casa en todo momento.» Esto suena inmediatamente muy distinto. El hombre no está ahí para quedarse en casa, ni para ser poseído. Incluso si yo necesitara o quisiera un hombre que fuera únicamente para mí, todo me aconsejaría moderar mis ardores y, al contrario, consagrarme completamente a él. No es la misma historia. No hay nadie a mi alrededor que haya sido

asignado, políticamente, a sacrificar su vida para hacer la mía más confortable. Esta relación de utilidad no es recíproca. Del mismo modo, yo no podría escribir de un modo sinceramente egoísta: «Necesito un interior, y lo necesito urgentemente, y un hombre que se ocupe sin cesar de mí hasta en los detalles más ínfimos.» Si encontrara a un hombre así, sería porque tengo medios para asalariarlo. «Ni siquiera es necesario que ese hombre sea muy guapo, tampoco quiero que tenga una inteligencia excesiva, ni que reflexione demasiado. Basta con que esté atado a mí.»

Mi potencia no reposará nunca sobre la sumisión de la otra mitad de la humanidad. Un ser humano de cada dos no ha venido al mundo para obedecerme, ocuparse de mi interior, cuidar mis hijos, gustarme, distraerme, confortar la potencia de mi inteligencia, procurarme reposo después de la batalla, dedicarse a alimentarme bien... y es mejor así.

En la literatura femenina, los ejemplos de confrontación o de hostilidad contra los hombres son rarísimos. Censurados. Yo pertenezco a ese sexo que ni siquiera tiene derecho a tomárselo mal. Colette, Duras, Beauvoir, Yourcenar, Sagan, toda una historia de escritoras que juegan a mantener un perfil bajo, a dar la razón a los hombres, a disculparse por escribir repitiendo cuánto les aman, les respetan, les adoran y que, sobre todo, no quieren –pese a lo que escriben– echarlo todo por la borda. Todas sabemos que, en caso contrario, la manada se ocupará cuidadosamente de darnos nuestro merecido.

1948, muere Antonin Artaud. Genet, Bataille, Breton; los hombres explotan los límites de lo decible. Violette Leduc comienza a redactar lo que se convertirá después en *Teresa e Isabel*. Un texto magistral. Beauvoir al leerlo escribe inmediatamente: «Es imposible publicarlo. Es una historia de sexualidad lesbiana tan cruda como las de Genet».

Violette Leduc edulcora el texto, que Queneau, autor de *Zazie en el metro* y editor, rechaza rápidamente: «imposible publicarlo abiertamente». Habrá que esperar a 1966 para que Gallimard lo edite.

Yo pertenezco a ese sexo, el que debe callarse, al que todos acallan. Y que debe tomárselo con cortesía, una vez más, jugar a mantener un perfil bajo. A riesgo de que te borren del mapa. Los hombres saben mejor que nosotras lo que podemos decir sobre nosotras mismas. Las mujeres, si quieren sobrevivir, tienen que aprender a escuchar las órdenes. Que no me vengan a contar que las cosas han evolucionado tanto y que ya no es lo era. A mí no. Lo que yo he soportado por ser mujer escritora, es el doble de lo que un hombre soporta.

Simone de Beauvoir empieza las *Cartas al Castor* con esta primera carta que le escribe Sartre: «¿Querría usted ser tan amable y llevar mi ropa sucia (en el cajón inferior del armario) a la lavandería esta mañana? Dejo la llave puesta en la puerta. Os amo tiernamente, mi amor. Ayer tenía usted una carita tan mona al decir: “Ah, usted me ha mirado, me ha mirado” y, cuando lo pienso, se me rompe el corazón de ternura. Adios, cariñito.» Démosle la vuelta a todo, démosle la vuelta a la ropa sucia y a la carita tan mona. Así entenderemos mejor de qué sexo somos, el sexo de la ropa sucia de los otros, el de las caritas monas.

Como escritora, la política se organiza para ralentizarme, para discapacitarme, no tanto como individuo sino más bien como mujer. Y esto no es algo que yo me tome con gracia, filosofía o pragmatismo. Puesto que se me impone, lo asumo. Lo hago con rabia. Sin humor. Incluso cuando agacho la cabeza y escucho todo aquello que no quiero oír y me callo porque no tengo otra alternativa. No tengo intención de disculparme de lo que se me impone, ni de aspirar a encontrarlo formidable.

Angela Davis habla de la esclava negra americana: «Ella había aprendido a través del trabajo que su potencial de mujer era equivalente al del hombre.»

El sexo débil, eso siempre ha sido una broma. Podemos despreciar todo lo que queramos a las mujeres negras que vemos mover el culo con una eficacia perturbadora en los clips de *50 Cents*, podemos compadecerlas pensando que se las utiliza y degrada como mujeres: son hijas de esclavas que han trabajado como los hombres, a las se ha azotado como a los hombres. Angela Davis: «Pero a las mujeres no sólo se les azotaba y mutilaba, también se les violaba». Preñadas a la fuerza y obligadas a criar sus hijos solas. Pero han sobrevivido. Lo que las mujeres han atravesado, no es sólo la historia de los hombres, como la de los hombres, sino su propia opresión específica. Una historia de una violencia inaudita. De aquí que surja una proposición simple: iros todos a tomar por el culo, con vuestra forma condescendiente de mirarnos, con vuestras simulaciones de fuerza garantizadas por el colectivo, vuestra protección puntual y vuestra manipulación de víctimas para las que la emancipación femenina sería algo difícil de soportar. Lo que sigue siendo difícil es ser mujer y aguantar todas vuestras estupideces. Las ventajas que vosotros sacáis de nuestra opresión en realidad son trampas. Cuando defendéis vuestros derechos masculinos, sois como los empleados de un gran hotel que se creen los propietarios de la finca... siervos arrogantes, eso es lo que sois.

Cuando el mundo capitalista se viene abajo y no puede abastecer las necesidades de los hombres, cuando no hay trabajo, ni dignidad en el trabajo, en medio de exigencias económicas crueles y absurdas, de vejaciones administrativas, de humillaciones burocráticas, de la seguridad de que nos engañan cada vez que compramos algo, se nos toma de nuevo por las únicas responsables. Lo que les hace sentirse infelices es nuestra liberación. No es culpa del sistema político, sino de la emancipación de las mujeres.

¿Querer ser un hombre? Yo soy mejor que eso. No me interesa el pene. No me interesa ni la barba ni la testosterona, yo tengo todo el coraje y la agresividad que necesito. Pero claro

que quiero todo lo que un hombre puede querer, como un hombre en un mundo de hombres, quiero desafiar a la ley. Frontalmente. Sin atajos y sin excusas. Quiero obtener más de lo que me prometieron al principio. No quiero que me cierren la boca. No quiero que me digan lo que tengo que hacer. No quiero que me abran la piel para hincharme los pechos. No quiero tener un cuerpo longilíneo de adolescente cuando me acerco a la cuarentena. No quiero huir del conflicto para esconder mi fuerza y evitar perder mi feminidad.

Liberan a una rehén. Ella declara en la radio: «Por fin he podido depilarme, perfumarme, recuperar mi feminidad.» Al menos ése es el fragmento que han decidido seleccionar. Ella no quiere caminar por la ciudad, ver a sus amigos o leer el periódico. ¿Lo que quiere es depilarse? Es su derecho inalienable. Pero que no me pidan que me parezca normal.

Monique Wittig: «Hemos caído de nuevo en la trampa, en el familiar callejón sin salida de qué-maravilloso-es-ser-mujer.»

Una afirmación que repiten sin problemas los hombres. Y que sus colaboradores citan, siempre puestos a defender los intereses del amo. Es lo que a los hombres maduros les gusta decirnos. Se callan el final lógico de su «qué maravilloso es ser mujer»: joven, delgada y con posibilidad de gustarle a los hombres. Si no, no hay nada de maravilloso en ello. Es simplemente el doble de alienante.

A los hombres les gusta hablar de las mujeres. Así no tienen que hablar sobre sí mismos. ¿Cómo explicar que en el últimos treinta años ningún hombre haya producido un texto innovador sobre la masculinidad? Ellos que son tan locuaces y tan competentes cuando se trata de disertar sobre las mujeres, ¿cómo explicar ese silencio con respecto a sí mismos? Porque sabemos que cuanto más hablan, menos dicen. Sobre lo esencial, lo que tienen realmente en la cabeza. ¿Quizás quieren que seamos ahora nosotras las que hablemos de ellos? ¿Querrán, por ejemplo, que digamos qué es lo que pensamos nosotras, desde fuera, de

sus violaciones colectivas? Diremos que ellos quieren verse follando entre ellos, mirarse las pollas los unos a los otros, empalmarse juntos, diremos que tienen ganas de metérsela entre ellos por el culo. Diremos que de lo que tienen ganas, realmente, es de follar entre ellos. A los hombres les gustan los hombres. Nos explican todo el rato cuánto les gustan las mujeres, pero todas sabemos que no son más que palabras. Se quieren entre hombres. Se follan unos a otros a través de las mujeres, muchos de ellos piensan en sus amigos mientras la meten en un coño. Se miran a sí mismo en el cine, se dan los mejores papeles, se sienten potentes, fanfarronean, alucinan de ser tan fuertes, tan guapos y de tener tanto valor. Escriben unos para otros, se felicitan mutuamente, se apoyan. Tienen razón. Pero de tanto escucharles quejarse de que las mujeres no follan bastante, de que no les gusta tanto el sexo como haría falta, de que no entienden nada, acabamos preguntándonos: ¿A qué esperan para darse por el culo los unos a los otros? Venga. Si eso os puede devolver la sonrisa, entonces es que está bien. Pero entre las cosas que les han inculcado bien está el miedo de ser marica, la obligación de que les gusten las mujeres. Así que se sujetan. Refunfuñan, pero obedecen. Y de paso, furiosos de acatar, le dan un par de hostias a una o dos chicas.

Tenientas corruptas⁴

Escribo desde la fealdad, y para las feas, las viejas, las camioneras, las frías, las mal folladas, las infollables, las histéricas, las taradas, todas las excluidas del gran mercado de la buena chica. Y empiezo por aquí para que las cosas queden claras : no me disculpo de nada, ni vengo a quejarme. No cambiaría mi lugar por ningún otro, porque ser Virginie Despentes me parece un asunto más interesante que ningún otro.

⁴ NT : El título original « Bad lieutenantes » declina en femenino el título de la conocida película de Abel Ferrara Bad Lieutenant.

Me parece formidable que haya también mujeres a las que les guste seducir, que sepan seducir, y otras que sepan casarse, que haya mujeres que huelan a sexo y otras a la merienda de los niños que salen del colegio. Formidable que las haya muy dulces, otras contentas en su feminidad, que las haya jóvenes, muy guapas, otras coquetas y radiantes. Francamente, me alegro por todas a las que les convienen las cosas tal y como son. Lo digo sin la menor ironía. Simplemente, yo no formo parte de ellas. Seguramente yo no escribiría lo que escribo si fuera guapa, tan guapa como para cambiar la actitud de todos los hombres con los que me cruzo. Yo hablo como proletaria de la feminidad: desde aquí hablé hasta ahora y desde aquí vuelvo a empezar hoy. Cuando estaba en el paro⁵ no sentía vergüenza alguna de ser una paria, sólo rabia. Siento lo mismo como mujer: no siento ninguna vergüenza de no ser una tía buena. Sin embargo, como chica por la que los hombres se interesan poco estoy rabiosa, mientras todos me explican que ni siquiera debería estar ahí. Pero siempre hemos existido. Aunque nunca se habla de nosotras en las novelas de hombres, que sólo imaginan mujeres con las que querrían acostarse. Siempre hemos existido, pero nunca hemos hablado. Incluso hoy que las mujeres publican muchas novelas, raramente encontramos personajes femeninos cuyo aspecto físico sea desagradable o mediocre, incapaces de amar a los hombres o de ser amadas. Por el contrario, a las heroínas de la literatura contemporánea les gustan los hombres, los encuentran fácilmente, se acuestan con ellos en dos capítulos, se corren en cuatro líneas y a todas les gusta el sexo. La figura de la pringada de la feminidad me resulta más que simpática: es esencial. Del mismo modo que la figura del perdedor social, económico o político. Prefiero los que no consiguen lo que quieren, por la buena y simple razón que yo misma tampoco lo hago. Y porque, en general, el humor y la invención están de nuestro lado. Cuando no se tiene lo que hay que tener para chulearse, se es a menudo más creativo. Yo, como chica, soy más bien King Kong que Kate Moss. Yo soy ese tipo de mujer con la que no se casan, con la que

⁵ RMI en francés :

no tienen hijos, hablo de mi lugar como mujer siempre excesiva, demasiado agresiva, demasiado ruidosa, demasiado gorda, demasiado brutal, demasiado hirsuta, demasiado viril, me dicen. Son, sin embargo, mis cualidades viriles las que hacen de mi algo distinto de un caso social entre otros. Todo lo que me gusta de mi vida, todo lo que me ha salvado, lo debo a mi virilidad. Así que escribo aquí como mujer incapaz de llamar la atención masculina, de satisfacer el deseo masculino y de contentarme con un lugar en la sombra. Escribo desde aquí, como mujer poco seductora pero ambiciosa, atraída por el dinero que gano yo misma, atraída por el poder de hacer y de rechazar, atraída por la ciudad más que por el interior, siempre excitada por las experiencias e incapaz de contentarme con la narración que otros me harán de ellas. No me interesa ponérsela dura a hombres que no me hacen soñar. Nunca me ha parecido evidente que las chicas seductoras se lo pasen tan bien. Siempre me he sentido fea, pero tanto mejor porque esto me ha servido para librarme de una vida de mierda junto a tíos amables que nunca me habrían llevado más allá de la puerta de mi casa. Me alegro de lo que soy, de cómo soy, más deseante que deseable. Escribo desde aquí, desde las invendibles, las torcidas, las que llevan la cabeza rapada, las que no saben vestirse, las que tienen miedo de oler mal, las que tienen los dientes podridos, las que no saben cómo montárselo, ésas a las que los hombres no les hacen regalos, ésas que follarían con cualquiera que quisiera hacérselo con ellas, las más zorras, las putitas, las mujeres que siempre tienen el coño seco, las que tienen tripa, las que querrían ser hombres, las que se creen hombres, las que sueñan con ser actrices porno, a las que les dan igual los hombres pero a las que sus amigas interesan, las que tienen el culo gordo, las que tienen vello duro y negro que no se depilan, las mujeres brutales, ruidosas, las que lo rompen todo cuando pasan, a las que no les gustan las perfumerías, las que llevan los labios demasiado rojos, las que están demasiado mal hechas como para poder vestirse como perritas calentonas pero que se mueren de ganas, las que quieren vestirse como hombres y llevar barba por la calle, las que quieren enseñarlo todo, las que son púdicicas porque están

acomplejadas, las que no saben decir que no, a las que se encierra para poder domesticarlas, las que dan miedo, las que dan pena, las que no dan ganas, las que tienen la piel flácida, la cara llena de arrugas, las que sueñan con hacerse un lifting, una liposucción, con cambiar de nariz pero que no tienen dinero para hacerlo, las que están desgastadas, las que no tienen a nadie que las proteja excepto ellas mismas, las que no saben proteger, esas a las que sus hijos les dan igual, esas a las que les gusta beber en los bares hasta caerse al suelo, las que no saben guardar las apariencias, pero también escribo para los hombres que no tienen ganas de proteger, para los que querrían hacerlo pero no saben cómo, los que no saben pelearse, los que lloran con facilidad, los que no son ambiciosos, ni competitivos, los que no la tienen grande, ni son agresivos, los que tienen miedo, los que son tímidos, vulnerables, los que prefieren ocuparse de la casa que ir a trabajar, los que son delicados, calvos, demasiado pobres como para gustar, los que tienen ganas de que les den por el culo, los que no quieren que nadie cuente con ellos, los que tienen miedo por la noche cuando están solos.

Porque el ideal de la mujer blanca, seductora pero no puta, bien casada pero pas effacé, que trabaja pero sin demasiado éxito para no aplastar a su hombre, delgada pero no obsesionada con la alimentación, que parece indefinidamente joven pero sin dejarse desfigurar por la cirugía estética, madre realizada pero no desbordada por los pañales y por las tareas del colegio, buen ama de casa pero no sirvienta, cultivada pero menos que un hombre, esta mujer blanca feliz que nos ponen delante de los ojos, esa a la que deberíamos hacer el esfuerzo de parecernos, a parte del hecho de que parece romperse la crisma por poca cosa, nunca me la he encontrado en ninguna parte. Es posible incluso que no exista.